



Juegos en la
OFICINA

LENA LUXE

A woman with long dark hair, wearing a black dress, is shown from the chest up. She is leaning her head against a light-colored wall, with her eyes closed and a neutral expression. Her left hand is resting on the wall next to her head, while her right hand is visible at the bottom of the frame.

Juegos en la
OFICINA

LENA LUXE

Contenido

[CRÉDITOS](#)

[Trigger](#)

[Sinopsis](#)

[JUEGOS EN LA OFICINA](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CONTENIDO EXTRA](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[Contacto](#)

[Otros títulos](#)

JUEGOS EN LA OFICINA

Crónicas Vixen

Primera edición: Marzo 2024

Copyright © Lena Luxe, 2024

Todos los derechos reservados. Los personajes y hechos que se relatan en esta historia son ficticios. Cualquier similitud con personas o situaciones reales sería totalmente casual y no intencionada por parte de la autora.

Quedan prohibidos, sin la autorización expresa y escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea eléctrico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra, póngase en contacto con la autora.

Los relatos de Lena Luxe incluyen contenido de carácter sexual y lenguaje explícito.
Son solo para adultos.

SINOPSIS

Adriana no aguanta a Víctor. Considera que es un niñato engreído que tiene que soportar de vez en cuando en la oficina y que además la pone extrañamente tensa.

Y ese lunes trae para ella las peores noticias. Ahora él forma parte del equipo y tendrá que verlo a diario. Adriana cree que se acostumbrará a su irritante presencia y, si no es así, bueno...tal vez será hora de buscar un nuevo empleo y cambiar de aires.

Pero Víctor tiene planes muy distintos.

Ella es el motivo por el que ha aceptado el trabajo.

Y quiere dejárselo muy claro... a solas, en el cuarto de los servidores.

JUEGOS EN LA OFICINA

Crónicas Vixen

LENA LUXE

CAPÍTULO 1

La mañana empezó con un presentimiento desagradable. No podía negar que eso me pasaba casi todos los lunes mientras subía en el ascensor hasta el piso quince, donde se encontraba la empresa de marketing digital para la que trabajaba desde hacía siglos.

Pero ese día era distinto. Mi jefe, Ernesto, llevaba unos días un poco esquivo. Me había pospuesto en dos ocasiones una reunión que yo consideraba importante, y además me había evitado por los pasillos.

Así que esa semana me esperaba algún tipo de sorpresa. Estaba convencida.

Y no se hizo esperar.

Entré con energía en la sala de reuniones y allí estaba. Víctor. Y lo peor: era ya, de pleno derecho, mi nuevo compañero de trabajo. Ni siquiera abrió la boca al verme. No hacía falta, su sola presencia ya me irritaba. De hecho aquel pelo perfecto, su aspecto impecable y su sonrisa no hacían más que aumentar mi disgusto.

Ana, o Gloria, cualquiera de mis compañeras me habría pedido calma.

Víctor no era nuevo allí, exactamente. Era bastante joven. El año anterior había trabajado un tiempo con nosotros como becario. Después pasó a ser un colaborador externo. Y con el paso de los meses había seguido por allí, erre que erre, hasta que había conseguido un puesto fijo en nuestro equipo.

Todo el mundo hablaba de Víctor, porque aparentemente tenía todo lo que necesitaba para triunfar en la empresa.

Pero yo sabía la verdad detrás de esa fachada de perfección. Lo había visto en acción varias veces, como cuando pensó que podía “mejorar” el informe en el que yo había estado trabajando durante días, arruinando todo mi trabajo.

Desde entonces no había podido evitar sentir un intenso resentimiento hacia él. Cada vez que lo veía, recordaba la sensación de impotencia que me invadió cuando vi mis horas de trabajo desaparecer en un suspiro. Y ahora, tenerlo como compañero de trabajo TODOS LOS DÍAS solo iba a empeorar las cosas.

A lo mejor estaba siendo injusta. No lo sé. Pero había algo más. Algo que no había compartido con mis compañeras.

Lo encontraba atractivo.

Pero no “atractivo”.

Necesito explicarme mejor. Me atraía de esa manera en que puede atraerte un loco, alguien que sabes que no tiene ningún tipo de encaje en tu vida. Que no. Que es imposible. Que no insistas.

Víctor me ponía. Mucho. Y eso era un problema que a partir de ahora iba a ser más evidente, al menos para mí. Para empezar, casi le doblaba la edad. Bueno, eso no era un gran problema. Lo

era mucho más el hecho de que íbamos a pasar un tercio del día a solo unos metros de distancia. Y eso solo significaba más tensión, más enfados, más ganas de tirarle la grapadora que usaba como amenaza cada cierto tiempo.

Durante toda la mañana, traté de mantener mi distancia, evitando cruzar miradas con él tanto como fuera posible. Pero era como si Víctor tuviera una habilidad especial para aparecer en todas partes donde yo estuviera. Cada vez que levantaba la cabeza, allí estaba él, con esa sonrisa condescendiente que me sacaba de mis casillas.

Finalmente, llegó la hora del almuerzo y me alegré de poder escapar de su presencia por un rato. Sin embargo, mis planes se vieron frustrados cuando lo vi acercarse a mi mesa.

—¿Te importa si voy con vosotras a almorzar? —me preguntó con todo el rostro del mundo.

Miré a mis compañeras, esperando que alguna de ellas me salvara. Estaba estupefacta.

Gloria reaccionó:

—Claro, vente. Salimos de aquí en cinco minutos.

Pero Víctor mantenía aquella mirada gris fija en mí. Ni siquiera la miró. Tragué saliva, sintiéndome atrapada.

No podía decirle que no, pero la idea de tener que soportar su compañía durante todo el almuerzo me desagradaba profundamente. A regañadientes, asentí y él tomó asiento frente a mí, en mi propia mesa, como si nada hubiera pasado entre nosotros.

—Espero aquí —dijo—. Por cierto, Adriana, si tuvieres un rato esta semana, me gustaría sentarme contigo un rato para que me expliques a fondo lo que haces. Bueno, me gustaría sentarme un rato con todo el mundo.

Mostraba mucha iniciativa, venía dispuesto a comerse el mundo. Eso siempre contrasta demasiado con los que estamos de vuelta en el puesto de trabajo, con tantos años haciendo lo mismo hasta el punto de que el entusiasmo no es precisamente nuestro punto fuerte.

Joder, era odioso.

Durante el almuerzo, traté de mantener la conversación en temas triviales, y Víctor parecía empeñado en sacarme de quicio. Cada comentario suyo me irritaba más, pero no podía negar que también me sentía atraída por él. Era una sensación extraña y confusa que prefería ignorar, pero que se negaba a desaparecer.

Cuando finalmente regresamos a la oficina, me prometí a mí misma mantenerme alejada de él tanto como fuera posible. Aunque algo me decía que eso sería más difícil de lo que pensaba.

CAPÍTULO 2

Mantenía la vista fija en la esquina inferior de la pantalla de mi ordenador, esperando que fueran las seis de la tarde. El cambio de dígitos a las 17:59 fue como una liberación. Estaba a punto de recoger mis cosas y salir corriendo de aquel antro cuando mi jefe me detuvo.

—Adriana, ¿te importaría quedarte un momento más? Necesito que revisemos estos informes antes de mañana. Si no fuese importante no te lo pediría —dijo, señalando un montón de papeles en su escritorio y juntando las manos como si me ofreciese una súplica.

Tragué saliva con frustración, sabiendo lo que eso significaba.

Significaba que tendría que quedarme en la oficina con Víctor por un tiempo más. ¿Qué más podría salir mal?

Él también parecía dispuesto a quedarse un rato. El nuevo se acercó a mí con una sonrisa juguetona.

—Yo también tengo que quedarme. Parece que estamos atrapados juntos— dijo, levantando las cejas como si quisiera forzar nuestra complicidad.

Lo miré con cautela, preguntándome qué estaba tramando.

—Sí, eso parece— respondí con gesto serio, tratando de mantener mi distancia.

Durante un rato, y hasta que Ernesto nos convocase en su oficina, trabajamos en silencio, cada uno concentrado en su tarea. Pero a medida que avanzaban los minutos, me era más y más difícil ignorar la creciente tensión entre nosotros.

Podía sentir su mirada quemándose la piel cada vez que levantaba la cabeza, y eso me hacía sentir más incómoda de lo que estaba dispuesta a admitir.

De repente Ernesto asomó la cabeza.

—Me vais a matar —dijo. Llevaba, como siempre, el teléfono móvil pegado a su mano.

—¿Por?

—Me ha surgido algo. ¿Os importa si lo dejamos para mañana a primera hora?

Respiré hondo. Miré de reojo mi grapadora.

¿Lo mataba? Había perdido casi cuarenta minutos esperando allí.

—Lo siento muchísimo, Adriana. Mañana, prometido.

Es que era para reírse. Lo decía como si fuese yo quien le hubiese pedido que se quedara.

Tomé aire.

—Claro, Ernesto. Mañana lo vemos.

Intenté no sonar muy enfurruñada, aunque aquello, obvio, no me había hecho la más mínima gracia. Pero si me daba un poco de prisa aún podía enderezar aquel lunes de mierda. Podía caminar hasta casa o ver si alguna de mis amigas estaba libre. Eso era complicado. La mayoría había empezado a procrear como locas y solían estar ocupadas cambiando pañales. Pero siempre había alguien a quien le apetecía una copa de vino.

Cuando me levanté para irme de una vez por todas, me di cuenta de que Víctor no se movía.
—¿No te vas? —le pregunté, frunciendo el ceño ante su mirada intensa.
Se levantó y se acercó a mí lentamente, con una expresión que no pude descifrar.
—No todavía —dijo deteniéndose a pocos centímetros de mí.

Mi corazón empezó a latir con fuerza mientras me quedaba paralizada, incapaz de apartar la mirada de sus ojos oscuros. Sabía que estaba mal, que no debería estar sintiendo todo aquel cúmulo de cosas, en absoluto buenas, pero en ese momento, no podía evitarlo.

De repente, Víctor se inclinó hacia adelante y sus labios encontraron los míos en un beso apasionado que me dejó sin aliento. Por un momento, me perdí en la sensación abrumadora de estar con él, dejando de lado todas las razones por las que debería alejarme.

En unos segundos perdí la razón y la noción del tiempo. Eché un rápido vistazo a la puerta del despacho de Ernesto, que estaba abierta. Aunque por suerte él había vuelto a meterse dentro. No nos había visto de milagro.

Pero entonces, la realidad volvió a golpearme y me aparté bruscamente, mirando a Víctor con incredulidad.

—Pero... ¿qué demonios haces? No podemos hacer esto —dije, tratando desesperadamente de recuperar mi compostura.

Él solo suspiró, pasándose una mano por el cabello mientras me miraba con pesar.

—Lo sé —dijo, sin un ápice de arrepentimiento en su voz—. Pero no he podido evitarlo.

Con el corazón en la garganta, lo miré, consciente de la mezcla tumultuosa de emociones que se agolpaba en mi cuerpo, en mi estómago, y, sobre todo, entre mis piernas.

Sabía que esto solo iba a complicar las cosas aún más, pero en ese momento, no podía traicionar la atracción que sentía por él. Era evidente. Había algo que teníamos que solucionar si íbamos a pasarnos ocho horas al día juntos en aquella oficina. Algo que *consumar*.

Ernesto salió en ese momento de su oficina, con la chaqueta en la mano.

—¿Aún estáis por aquí? Bajo con vosotros —dijo, dando por sentado que ya nos retirábamos. En ese momento se lo agradecí en silencio, pues no estaba preparada para quedarme completamente a solas con Víctor. Sabía demasiado bien lo que pasaría.

Y no era el momento. Tenía que procesar aquello.

Y así, con el peso de lo prohibido sobre mis hombros nos dirigimos hacia el vestíbulo para esperar al ascensor. Mientras Ernesto y Víctor comentaban de forma jocosa algo relativo a un partido de fútbol, yo trataba de procesar el hecho de que, si no, iba con cuidado, pronto iba a estar enredada en un juego peligroso.

Esa tarde no había nadie libre para tomarse una copa de vino conmigo, a pesar de los mensajes que escribí a los tres grupos de *whatsapp* que me mantienen comunicada con el mundo exterior.

Me fui a casa, me di una ducha casi fría y mientras dejaba mi melena secándose libremente, abrí mi ordenador. Actualicé mi currículum, que llevaba siglos sin ser retocado. Después entré en un gran portal de empleo y eché un vistazo a las ofertas disponibles en mi sector.

El mismo día que Víctor se había incorporado a nuestra oficina y se había atrevido a besarme fue el día en que empecé a buscar otro trabajo.

CAPÍTULO 3

—No tienes muy buena cara —me dijo Gloria—. ¿No ha dormido bien?

Miré a mi alrededor antes de contestar. Mi paranoia aumentaba por momentos. Obviamente, no le iba a contar nada de lo sucedido la tarde anterior con Víctor. Gloria y yo no teníamos ese tipo de confianza, por mucho que a ella le intrigase nuestro odio y estuviese siempre encantada de enterarse de cualquier cotilleo.

—He venido una hora antes esta mañana —contesté, un poco seca.

—¿Y eso?

—Cosas de Ernesto.

Llené mi botella de agua y volví a mi mesa. No estaba de humor para una charla insustancial.

No había dormido bien, no. Había pasado tres horas mirando ofertas de empleo la tarde anterior, y ni siquiera tenía bien claro que quisiera cambiar. No me lo había planteado últimamente. Hasta que Víctor llegó, claro.

No me había dicho nada esa mañana. Entró a las nueve, puntualísimo, saludando a varias de mis compañeras. A mí me ignoró selectivamente. Lo observé, de espaldas a mí, y no pude evitar fijarme en su perfecto trasero, envuelto en un pantalón vaquero negro. Dios mío, aquel niño tenía cuerpo de nadador.

Encendió el ordenador y esperó pacientemente a que se cargase nuestro programa de mensajería interno. Después vi cómo empezaba a teclear. Al cabo de unos instantes noté cómo en la esquina de mi ordenador aparecía una banderita roja —qué casualidad— que indicaba que me había llegado un mensaje interno.

Era muy corto.

También explícito:

Vamos al cuarto de los servidores.

Casi suelto una carcajada al leer semejante desfachatez. Estuve a punto de ignorarlo, pero la curiosidad me picaba demasiado. O más que la curiosidad, la estupefacción ante tal atrevimiento. ¿Qué pretendía?

No, contesté.

Su respuesta no se hizo esperar:

Venga ya, Adriana. Estás tan caliente como yo. Voy a darte lo tuyo. Ahora mismo. ¿Crees que puedo esperar a que este sitio se quede vacío? No. No puedo esperar. Y apuesto lo que quieras a que tú tampoco.

Mis dedos temblaban unos centímetros sobre el teclado. ¿Aquello era una broma? ¿Eran todo

imaginaciones mías? ¿Acaso aquel idiota no sabía que los técnicos podían leer esos mensajes porque estaba usando la plataforma de la empresa?

Respiré hondo.

Estaba encendida. Creía que de rabia, o de frustración, pero en el fondo de mi ser sabía muy bien que estaba cachonda. Que quería más que nada levantarme y encerrarlo en aquel cuarto, el único punto ciego de la oficina, donde estaban los servidores y la fotocopiadora que ya nadie usaba; pues el papel casi había desaparecido de nuestro día a día.

Pero no era una idiota.

No estaba tan loca.

Eso no podía pasar.

No podía bloquearlo, pero sí ignorarlo.

Así que volví a abrir el documento en el que estaba trabajando.

Y volvió a saltar la maldita bandera roja. Mi corazón se aceleró.

Abrí el nuevo mensaje de Víctor:

Eres el único motivo por el que he vuelto a este sitio, por el que nunca me fui del todo. Y he vuelto solo para una cosa. Esa es exactamente la medida en que me importa conservar este trabajo. Te espero ahí a y media.

Seguía temblando. Era como si no me dejase otra opción. Sabía muy bien que aquella ristra de palabras era suficiente. Que podía imprimirlas, o hacer un pantallazo, presentárselo a Ernesto, y hacer que lo despidiesen de forma fulminante.

La cuestión era que no quería eso. Que en lo más profundo de mi ser deseaba entrar en ese habitáculo y resolver lo que teníamos pendiente.

No le contesté.

Estaba encendida. Estaba ardiendo y mi cadera había empezado a moverse por sí sola, de forma automática, buscando el máximo contacto con la tapicería.

Conté los segundos hasta que, por fin, vi cómo Víctor se levantaba y se dirigía a la habitación donde estaba el servidor.

Era muy listo.

Aquel sitio era mucho mejor que los servicios, porque nadie entraba nunca allí. En ese cuarto solo había máquinas, cables, y calor. Mucho calor. Y eso a pesar de que había un aparato de aire acondicionado dentro, para refrigerarlo constantemente.

Me levanté y lo seguí.

Eché un último vistazo para comprobar que nadie nos veía entrar y entonces abrí la puerta.

Dentro estaba Víctor, de pie, mirándome como si fuese el último pastel en un aparador.

Me agarró por la cintura y me estrechó contra su cuerpo. Me besó. Me buscó con su lengua y noté lo sediento que estaba. Noté el bulto enseguida. Dios mío. No tenía escapatoria. Iba a ser allí mismo. Íbamos a disfrutar. Aquellas máquinas emitían un zumbido continuo que nos iba a proteger, pero íbamos a tener que ser extra silenciosos. Aún así, Víctor estiró el brazo, buscando el armario del papel. Lo arrastró para bloquear la puerta. No necesitó mi ayuda.

Tenía que estar muy seguro de mi propio deseo para hacer lo que estaba haciendo, y eso que yo no había sido particularmente explícita, ni siquiera simpática, desde que había llegado. Supongo que encontró todas las respuestas que necesitaba en mi boca, la tarde anterior,

momentos antes de que le diese un empujón.

Ven aquí, susurró, mientras me atrapaba de nuevo.

Me enterró entre sus brazos, y yo me deshice, me derretí. Aquel era el sitio más feo y opresivo en el que había estado jamás con un hombre. Sabía muy bien que nunca volvería a entrar allí. Y sin embargo no quería salir bajo ningún concepto. No sin lo que tanto deseaba.

—Dios, joder, no voy a poder gemir —confesé junto a su cuello—. O más bien es gritar, lo que quiero es gritar...

El muy cabrón sonrió, satisfecho, cien por cien consciente del efecto que tenía sobre mí.

No había necesitado nada más que darme un beso y una orden para que yo acudiese tras él, dispuesta a ser poseída a solo unos metros de mi jefe.

—No solo eso —murmuró—. También tenemos que ser rápidos.

—Fóllame, Víctor. No te voy a decir nada más. No quiero hablar contigo. Solo quiero que resolvamos esto ahora.

Resolver. Como si juntos fuésemos un problema y solo tuviésemos que liberar aquella energía para que desapareciese.

Me agarró de las nalgas y me empotró contra la pared. Pensé en ese instante, mientras mi cuerpo se convertía en una esponja que absorbía lo que le echasen, que ese día no había escogido el modelo más indicado para aquello.

Rodeé su cadera con mis piernas y busqué el máximo contacto, la fricción de nuestras partes íntimas cubiertas de denim. Empecé a moverme arriba y abajo, rozándome contra su paquete, contra el metal de su cremallera y de la mía. *Dios mío, qué vergüenza*, pensé. *He caído con este niño... y solo ha tenido que chasquear los dedos para que yo acudiese detrás, como una perra en celo.*

Empecé a gemir.

Me tapó la boca con los dedos de su mano.

—Shhhhh...Adriana. No pueden oírnos.

Por un momento me imaginé a mis compañeros, y a Ernesto, rodeando aquel cuarto infecto, incapaces de creerse lo que estaban oyendo. Eso me excitó aún más. Las mejillas me ardían.

—Bájame, bájame un momento.

Si quería velocidad íbamos a tener que bajar esa cremallera. Y en esa postura, con un vaquero puesto, no íbamos a ir mucho más allá.

Víctor me giró y metió los dedos en la cintura de mi pantalón, con la intención de estirar hacia abajo.

—La cara contra la pared, Adriana. No quieres ver esto. Solo quieres sentirlo.

CAPÍTULO 4

Estaba feliz, extática. Busqué con mis manos, a mi espalda, su miembro.

Él tenía razón, no quería ver aquello. Era enorme, y era solo para mí, en aquel reducto en el que acababa de subir la temperatura. Jugué a su juego de no mirar, y eso hizo que mi imaginación se disparara.

Me hablaba, o más bien me daba órdenes, como si fuese el hombre más experimentado del mundo y yo una simple aprendiz. Aquello me hubiese enervado, pero allí dentro, en aquel microcosmos de máquinas, hizo que me excitase más y más.

De mi boca salieron palabras sorprendentes:

—Quiero chupártela —susurré, temiendo que traspasaran aquellas paredes finas.

A eso no me iba a decir que no.

Me arrodillé como si cayese ante un rey y agarré su polla por la base. Era gruesa y reluciente. Palmeé mi lengua con ella. Me la metí de golpe en la boca, hasta la garganta. Aquello le encantó. Por un momento el engreído perdió el control de la situación. Lo tenía yo, aunque no necesariamente lo quería.

Víctor contuvo un gemido y yo empecé a lamer, a chupar, a succionar. A saborear. Lo acompañé con un contundente gesto de mi mano, arriba y abajo, masajeando aquel delicioso tronco. Cuando noté unas gotas saladas deslizándose por mi garganta paré, porque ya lo quería dentro de mí. Dentro de mí pero en otro sitio.

Volvió a colocarme de cara la pared. Agarró mi cadera y ahora sí, me bajó los pantalones hasta las rodillas. Llevaba un tanga bastante más sexy de lo habitual. Casualidades. Deslicé mis dedos por debajo de la goma para facilitarle el acceso a mi coño.

—No. Déjatelo puesto. No hace falta. Solo lo voy a apartar a un lado.

Supuse que eso le ponía.

Separó mi cadera de la pared y buscó mi entrada con su polla. Estaba tan húmeda y entró tan fácilmente que solo me relajé del todo cuando me susurró en el oído:

—Ya estoy dentro de ti, Adriana. Es lo que querías, ¿verdad? Desde el primer día que me viste...esto es lo que deseabas. Saca esa lengua.

Lo hice.

—Quiero que la acerques a esa pared mugrienta —me ordenó.

Lo hice.

—Lámela.

Lo hice, por supuesto que lo hice.

Lamí la pintura roída de la pared mientras Víctor me follaba con maestría, a toda velocidad, y yo disfrutaba de sus embestidas.

Se acercó a mi oído mientras desviaba sus manos de las caderas a los pechos. Los agarró por encima de mi blusa y yo me mordí la lengua para no gritar. ¿Estábamos siendo lo suficientemente silenciosos?

Continuó vertiendo sus sucias palabras en mi oído. No hacía falta que contestase a sus provocaciones. Eran solo un mecanismo para hacer que mi cadera se fuese hacia atrás cada vez más, para que yo lo follase a él en lugar de él a mí, como una auténtica desesperada.

—Creías que ibas a poder resistirte a mí, ¿verdad? Sé que no has dormido esta noche. Has estado tocándote, pensando que tal vez, con toda la mala suerte del mundo, te haría esperar para esto, ¿no?

Asentí.

Dios, cómo lo odiaba. Y qué profundo estaba llegando dentro de mi cuerpo. Cada vez más.

Jugó con mis pezones sobre la tela, y eso fue como una descarga eléctrica. Me mordí el labio de nuevo, recordando que no debía gritar. Supongo que por eso sudaba más. No había pensado cómo íbamos a salir de allí, cómo alguien iba a ignorar lo que habíamos hecho allí dentro al ver nuestras caras rojas y las miradas fundidas, clavadas en el suelo. Cogería mi bolso y la chaqueta y buscaría el aire.

—Eres una zorrita, Adriana, y por fin te estoy dando lo tuyo. Mira, mírate, como estás...cada vez con el culo más en pompa, recibiendo un castigo ejemplar por no dar la bienvenida como se debe a tus nuevos compañeros. Eres afortunada. Tienes suerte de que tengamos que ser discretos y escondernos, porque... lo veo. Es evidente que quieres que te palme con cada embestida, que buscas mi mano sobre tu culo además de mi polla, ¿verdad?

Gemí. Pegué de nuevo la lengua a la pared.

Víctor siguió murmurando:

—Eso es, así. Me las has dejado reluciente con tu lengua, y ahora toca ensuciártela con esa pared, aunque esa lengua tuya siempre ha sido muy sucia. Sé que no hablas muy bien de mí... Dime una cosa, ¿cómo hablarás ahora?

Me corría.

Me fundía.

Desvié mi propia mano hacia mi clítoris y lo masajeé con furia, buscando mi orgasmo de una vez por todas para salir de allí y olvidar que ese tipo existía aunque viese su nuca a todas horas. Pensé en su mano palmeando mi culo, aunque no lo estuviese haciendo, dándome unas buenas cachetadas. Nos imaginé siendo aún más salvajes. Quería su castigo severo, quería que me propinase una buena tunda en las nalgas. En mi mente incluso las oía. Plas. Plas.

—No, no, cariño. Todavía no tienes permiso para correrte.

Me enfadé, gruñí, incluso traté de pegar mi coño a la pared, buscando algo, alguna fricción, un mínimo alivio. Ver aquella desesperación desató el orgasmo de Víctor.

Todo su cuerpo se tensó.

—Uf. Ahora sí. Me corro. Adriana, ahí lo tienes. Ughhhhhh, joder. Voy a inundarte.

—Ahhhhh —dejé escapar un largo suspiro de placer.

Sujetó bien la tira de mi tanga y estiró de ella para que no me moviese. Su semen, toda su humedad, resbaló por mi cuerpo mientras yo hacía mi propio viaje astral. Porque no, en ese momento no estaba en la oficina. Ese era, de hecho, el último sitio del mundo en el que encontrarme. Me corrí viva.

Me quedé un tiempo indefinido con la mejilla pegada a la pared, recuperando mi compostura y a mí misma; incapaz de mirar a Víctor a la cara para decirle que acababa de tener el mejor orgasmo de mi vida y que solo lo recordaría para siempre si aquello no volvía a suceder, si no volvíamos a entrar en esa habitación nunca más.

No tenía que decirle nada, en realidad. Me di la vuelta y vi cómo se recolocaba la ropa en

silencio mientras recobraba el aliento. Solo me dijo:

—Espero que esto sirva para enterrar el hacha de guerra.

No le contesté. Solo respiré ese aire viciado y le ayudé a mover el mueble con el que habíamos obstaculizado la puerta. Era un poco idiota poner aquello en medio, pero era lo único que teníamos a mano para que a alguien no se le ocurriese interrumpirnos en plena faena.

—Saldré yo primero y me iré directamente al baño. —susurró.

Asentí.

Esperé medio minuto y me asomé a la puerta que Víctor había dejado entreabierta. No había nadie, a pesar de que veía a lo lejos las coronillas de algunos de mis compañeros, enfrascados en su trabajo.

Respiré hondo y me dirigí a mi mesa, aunque pensaba que cualquiera que me mirase a la cara sabría exactamente lo que acababa de pasar.

Cuando llegué a la mesa busqué mi teléfono. Había un mensaje que había llegado a mi correo electrónico personal. Lo abrí. Me sorprendió ver el nombre de la persona que me había escrito, y que tardé dos o tres segundos en reconocer: Irina Biosca.

Era una antigua compañera de trabajo. Se había marchado de la empresa hacía un par de años y habíamos perdido el contacto.

Este era su mensaje:

Adriana, ¿Qué tal todo? Ahora trabajo en el departamento de Recursos Humanos de Bolt Tech. Esta mañana he visto tu aplicación y, la verdad, quería llamarte porque tenemos dos procesos de selección abiertos y creo que nos encajarías a la perfección. ¿Puedo llamarte?

Sonréí.

Debajo de aquellas letras, su firma y su número de teléfono.

Cogí mi bolso y mi chaqueta y salí a la calle a hacer esa llamada. Si todo iba bien, el mejor orgasmo de mi vida me catapultaría hacia mi próximo empleo.

Estuve fuera una media hora, mientras hablaba con Irina y nos poníamos al día de nuestras cosas. Tenía una entrevista de trabajo en firme al día siguiente.

Cuando regresé a la oficina para retomar el día y para empezar a preparar mi inevitable marcha me topé con la mirada cómplice de Gloria. Me miró a mí y después buscó con los ojos la habitación de los servidores.

Nunca lo sabrán.

Solo lo sospecharán.

Y yo siempre lo recordaré.

¡Gracias por leer! Si te ha gustado esta historia, no olvides echar un vistazo al resto de relatos de mi serie [CRÓNICAS VIXEN](#). Todos se pueden leer de forma independiente. Te dejo el primer capítulo de otra de mis historias en las próximas páginas.

Hasta pronto.

Besos,

Lena

CONTENIDO EXTRA

A continuación puedes leer el primer capítulo de mi relato LA MECÁNICA DEL DESEO, ¡ya disponible en Kindle!

CAPÍTULO 1

La luz del sol se despedía en el horizonte mientras echaba un rápido vistazo al cuentakilómetros. *Vas demasiado deprisa, Vera*, me dije.

Aminoré la marcha. Yo no era alguien que condujese particularmente rápido, pero ese día tenía un motivo. Del motor salían unos ruidos extraños. Los estaba escuchando desde hacía unos quince minutos, así que no quería arriesgarme a quedarme tirada en medio de la nada.

Me dirigía a casa de Leo y Penélope, dos buenos amigos que recientemente habían comprado una casa y habían organizado una pequeña fiesta de inauguración. Eran listos, habían dejado la ciudad y habían encontrado un sitio estupendo en una zona más o menos rural, un pueblo bien comunicado aunque aburrido. Menos contaminación, menos caro, menos todo.

Tenía sentido, pero yo, recién divorciada, no estaba en el momento de dar un paso así. Mi actividad burbujeante en la ciudad me ataba en ese momento a sitios más animados. Aún así, quería ver su nueva casa.

No utilizaba demasiado el coche, así que no era de extrañar que tuviese algún pequeño problema que no hubiera detectado a tiempo.

El motor empezó a quejarse de nuevo, esta vez con más contundencia. Levanté el pie del acelerador. *Mierda*, pensé. *Definitivamente, este trasto me va a dejar tirada*.

Y al final se rindió. Desplacé como pude el coche hacia el andén.

Suspiré resignada, y después de mirar por el espejo retrovisor, salí del coche.

Mi noche había quedado oficialmente arruinada, pues la idea era no entretenérme mucho en casa de Leo y Penélope, para poder regresar más o menos pronto y salir a tomar una copa de vuelta a la ciudad, ya más entrada la noche.

Me dirigí a la parte frontal del vehículo y levanté el capó. Observé sin ninguna esperanza aquel amasijo de cables y metal. Los coches nunca habían sido mi punto fuerte. Me maldije en ese instante por no haber prestado más atención cuando mi hermano Roy intentó enseñarme lo básico del mantenimiento.

Pero no era momento de arrepentimientos. Necesitaba averiguar qué estaba mal, y hacerlo rápido, o llegaría tarde a la cena con mis amigos, por no hablar de que no me apetecía en absoluto quedarme sola en una carretera, a punto de hacerse de noche, vestida así, con esa minifalda elástica que realzaba mis espectaculares piernas. Sin duda lo mejor de mi anatomía.

Mientras estaba allí de pie, sintiéndome totalmente impotente, observé como un coche aminoraba la marcha y se detenía justo detrás del mío.

De él salió un tipo alto y atractivo. Tenía el pelo oscuro y largo, y le caía sobre los hombros de forma desordenada. Pareció desvestirse con sus ojos azules penetrantes. Iba vestido con un mono oscuro. *Dios mío*, pensé. *¿Será un mecánico? ¿Podría yo tener semejante golpe de suerte? Y además, está buenísimo. Demasiado joven, tal vez...*

Mi mente volaba en todas las direcciones mientras él se acercaba a mi posición.

Sobre su pecho había una plaquita, clavada en la tela, que decía DAVID. Un leve olor a

aceite de motor se aferraba a él como si fuese su segunda piel. Su presencia me encendió.

—¿Tienes problemas con el coche? —me preguntó. Su voz era grave y profunda.

Asentí, consciente del rubor vergonzoso que escalaba por mi cuello.

Le expliqué:

—Se paró...de repente. Y lo desvíe al arcén. Yo...no sé muy bien qué hacer...

Se asomó al capó abierto mientras asentía pensativamente.

—¿Te importa si le echo un vistazo?

Vacilé por un momento, pero luego encogí los hombros. En este punto, no tenía mucho que perder. Retrocedí mientras él se inclinaba sobre las entrañas del coche, y observé sus manos hábiles moviéndose sobre los diferentes componentes; como si estuviera dirigiendo una sinfonía. Sin duda era mecánico.

Menuda suerte tienes, cabrona, pensé.

Después de unos minutos de escrutinio intenso, David se enderezó y me mostró una tímida sonrisa.

—Creo que sé cuál es el problema. ¿Te importa si lo intento?

Parpadeé sorprendida.

—¿Quieres decir que puedes arreglarlo aquí?

Asintió.

—Sí, no debería llevar mucho tiempo. Pero si tienes prisa, puedo llevarte a casa mientras trabajo en él.

Vacilé por un momento, debatiéndome entre querer volver a la carretera lo más pronto posible y la sensación molesta de que debería quedarme y ver esto. Al final, la curiosidad ganó. Además, tampoco quería contarle que en realidad no iba a mi casa. Que mi intención era visitar a mis amigos y que luego, bueno...tenía planes. Al fin y al cabo era un completo desconocido y no quería dar demasiadas explicaciones. Amable y atractivo, pero un desconocido al fin y al cabo.

—Esperaré —le dije, correspondiéndole con otra sonrisa agradecida.

Fue un momento a su propio coche, abrió el maletero, y regresó con una caja de herramientas.

Mientras David comenzaba a trabajar, me apoyé contra la puerta de mi coche, mirándolo con una mezcla de fascinación y admiración. Había algo innegablemente atractivo en un hombre que sabía manejar un motor, y me encontré extrañamente atraída por él.

A pesar de que en los últimos meses me había acostado con unos cuantos hombres, todos habían sido más o menos de mi edad. No me había fijado, hasta el momento, en uno menor de treinta, como aquel mecánico caído del cielo.

—¿Te molesto si me pongo aquí? —le pregunté.

—No, en absoluto —me contestó, sin mirarme, totalmente concentrado en lo que hacía—. De hecho...si puedes sacar tu móvil y alumbrar aquí dentro te lo agradecería.

—Claro.

—Y así después puedes darme tu número.

Sonréí victoriosa.

—En realidad no necesito tener en la mano mi teléfono para darte el número.

—Oh, déjame adivinar. Lo sabes de memoria.

Me reí. Era una conversación tonta, de puro flirteo. Pero yo estaba encantada, porque me estaba poniendo muy cachonda.

Ya notaba ese calor tan familiar entre mis piernas, ese que me indicaba que me estaba

humedeciendo.

No pasó mucho tiempo antes de que David tuviera el problema del motor diagnosticado. Trabajaba a toda velocidad para arreglarlo. Me prestaba la atención justa, aunque respondía con todo detalle a las preguntas técnicas que yo le hacía.

—Bueno, creo que ya está. Aguantarás unos días, pero te recomiendo que lo lleves a tu taller habitual.

Sonréí. No tenía nada parecido a un taller habitual.

—¿Cuánto te debo?

Se rio, esta vez con una carcajada, como si hubiese dicho algo realmente gracioso.

—No voy a cobrarte. No iba a pasar de largo por esta carretera sin echarte una mano.

—Entonces llevaré el coche a tu taller.

Me miró fijamente. Me derritió con esos ojos azules. Supongo que lo quería decir en realidad, lo que no me atrevía a confesar, era que bajo ningún concepto iba a dejar escapar la ocasión de volverlo a ver.

Abrió de nuevo la caja de herramientas y me dio su tarjeta. Eché un vistazo rápido y sentí el desaliento. No vivíamos cerca. No tenía sentido llevar el coche hasta allí. Cuando levanté los ojos lo pillé mirándome las piernas. No se cortó, paseó sus ojos azules por cada una de mis curvas.

Eché un vistazo a mi coche. Aquel minúsculo receptáculo podía albergarnos. Podía pedirle que me acompañase, que se sentara en el asiento trasero. Podía sentarme encima de ese pantalón grasiendo y follármelo como genuino agradecimiento. Nada me haría más feliz que eso.

Creo que los dos dudamos unos instantes. Me enrojecí, mi piel estaba electrizada y sensible, y de repente era consciente de cada uno de mis huecos y de cómo ansiaban ser colmados y llenados por su polla.

—Esperaré a que te vayas tú primero, y así veo cómo va el motor —me dijo, despertándose de mi ensueño.

—Claro —asentí—. Muchas gracias. Me has salvado la noche.

—No hay de qué.

Subí al coche, decidida a dejar aquel encuentro atrás, en el arcén de la carretera. Lo miré por última vez a través del espejo retrovisor. Puse la llave en el contacto y arranqué el coche. Sonaba a la perfección.

Lo perdí de vista en apenas unos segundos.

Entonces me di cuenta, a pesar de que seguía muy excitada, de que no me había preguntado mi nombre.

Si quieras seguir leyendo esta historia puedes encontrarla en Amazon Kindle y KU.

Haz clic en “**SEGUIR**” en [mi página de autora de Amazon](#) para recibir notificaciones sobre mis nuevos relatos.

También puedes apuntarte a mi lista de correo [aquí](#).

E-mail:
lenaluxeartora@hotmail.com

Títulos disponibles hasta la fecha:

El desconocido del metro
A solas con el director
Doble deseo
El hijo de mi mejor amiga
Homeless
Atraída por el profesor
Final feliz
Por fin sola con el comandante
Visita a la mansión
A oscuras
La mecánica del deseo